

tezcuma, que conociendo cómo no aprovechaba guerra ni fuerza, y que al cabo se había de ensolver todo en él, trató con ciertos capitanes y señores que estaban en Tezcucó con Cacama, que le prendiesen y se lo entregasen. Ellos, ó por ser Moteczuma su rey y estar aun vivo, ó porque le habían siempre servido en las guerras, ó por dádivas y promesas, prendieron al Cacama un día estando con él ellos y otros muchos en consejo para consultar las cosas de la guerra; y en acalles que para ello tenían á punto y armadas, le metieron, y trajeron á Méjico, sin otras muertes ni escándalos, aunque fué dentro en su propia casa y palacio, que toca en la laguna; y antes que le diesen á Moteczuma, le pusieron en unas ricas andas, como acostumbran los reyes de Tezcucó, que son los mayores y principales señores de toda esta tierra, después de Méjico. Moteczuma no le quiso ver, y entrególo á Cortés, que luego le echó grillos y esposas, y puso á recado y guarda. Y á voluntad y consejo de Moteczuma hizo señor de Tezcucó y Culucan á Cucuzca, su hermano mejor, que estaba en Méjico con el tío y huído del hermano. Moteczuma le intituló y hizo las ceremonias que suelen á los nuevos señores, como en otra parte diremos; y en Tezcucó le obedecieron luego por mandado suyo, y porque era mas bienquisto que no Cacama, que era recio y cabezudo. Desta manera se remedió aquel peligro; mas si hubiera muchos Cacamas no sé cómo fuera; y Cortés hacia reyes y mandaba con tanta autoridad como si hubiera ganado el imperio mejicano. Y á la verdad, siempre tuvo esto desde que entró en la tierra; ca luego se le encajó que había de ganar á Méjico y señorear el estado de Moteczuma.

La oracion que Moteczuma hizo á sus caballeros dándose al rey de Castilla.

Moteczuma hizo llamamiento y cortes tras la prision de Cacama, á las cuales vinieron todos los señores comarcanos que fuera estaban de Méjico. Y de su albedrío, ó por el de Cortés, les hizo delante los españoles el infrascripto razonamiento.

«Parientes, amigos y criados míos: bien sabeis que há deciocho años que soy vuestro rey, como lo fueron mis padres y abuelos, y que siempre vos he sido buen señor, y vosotros á mí buenos vasallos y obedientes; y así, confío que lo seréis agora y todo el tiempo de mi vida. Memoria debeis tener, que ó vos lo dijeron vuestros padres, ó lo habréis oído á nuestros sabios ádevinos y sacerdotes, cómo ni somos naturales desta tierra, ni nuestro reino no es duradero; porque nuestros antepasados vinieron de léjos tierras, y su rey ó caudillo que traian, se volvió á su naturaleza, diciendo que enviaria quien los rigiese y mandase si él no viniese. Creed por cierto que el rey que esperamos tantos años há, es el que agora envia estos españoles que aquí veis, pues dicen que somos parientes, y tienen de gran tiempo noticia de nos. Demos gracias á los dioses, que han venido en nuestros días los que tanto deseábamos. Haréisme placer que os deis á este capitán por vasallos del Emperador y rey de España, nuestro señor, pues ya yo me he dado por su servidor y amigo; y ruégoo mucho que desde en adelante le obedezcais bien y así como hasta

aquí habeis hecho á mí, y le deis y pagueis los tributos, pechos y servicios que me soles dar, ca no me podeis dar mayor contentamiento.»

No les pudo mas hablar, de lágrimas y sollozos. Lloraba tanto toda la gente, que por una buena pieza no le pudo responder. Dieron grandes sospiros, dijeron muchas lástimas, que aun á los nuestros enternescieron el corazon. En fin, respondieron que harian lo que les mandaba. Y Moteczuma primero, y luego tras él todos, se dieron por vasallos del rey de Castilla y prometieron lealtad; y así, se tomó por testimonio con escribano y testigos, y cada cual se fué á su casa con el corazon que Dios sabe y vosotros podeis pensar. Fué cosa harto de ver llorar Moteczuma y tantos señores y caballeros, y ver cómo se mataba cada uno por lo que pasaba. Mas no pudieron al hacer, así porque Moteczuma lo queria y mandaba, como porque tenían prognósticos y señales, según que los sacerdotes publicaban, de la venida de gente extranjera, blanca, barbuda y oriental, á señorear á aquella tierra; y tambien porque entre ellos se platicaba que en Moteczuma se acababa, no solamente el linaje de los de Culúa, mas tambien el señorío; y por eso decian algunos no fuera él ni se llamara Moteczuma, que significa enojado, por su desdicha. Dicen tambien que el mismo Moteczuma tenia del oráculo de sus dioses respuesta muchas veces que se acabarian en él los emperadores mejicanos, y que no le sucederia en el reino hijo ninguno suyo, y que perderia la silla á los ocho años de su reinado, y que por esto nunca quiso hacer guerra á los españoles, creyendo que le habían ellos de suceder; bien que por otro cabo lo tenia por burla, pues habia mas de decisiete años que era rey. Fuese pues por esto, ó por la voluntad de Dios, que da y quita los reinos, Moteczuma hizo aquello, y amaba mucho á Cortés y españoles, y no sabia enojarlos. Cortés dió á Moteczuma las gracias euan mas cumplidamente pudo, de parte del Emperador y suya, y consolólo, que quedó triste de la plática, y prometió que siempre seria rey y señor, y mandaria como hasta allí y mejor; y no solo en sus reinos, mas aun tambien en los que él mas ganase y atrajese al servicio del Emperador.

El oro y joyas que Moteczuma dió á Cortés.

Pasados algunos dias después que Moteczuma y los suyos dieron la obediencia, le dijo Cortés los muchos gastos que el Emperador tenia en guerras y obras que hacia, y que seria bien contribuyesen todos y comenzasen á servir en algo; por ende que convenia enviar por todos sus reinos á cobrar los tributos en oro, y á ver qué hacian y daban los nuevos vasallos, y que diese tambien él algo si tenia. Moteczuma dijo que le placia, y que fuesen algunos españoles con unos criados suyos á la casa de las aves. Fueron allá muchos, vieron asaz oro en planchas, tejuelos, joyas y piezas labradas, que estaban en una sala y dos cámaras que les abrieron; y espantados de tanta riqueza, no quisieron ó no osaron tocarla sin que primero Cortés la viese; y así, lo llamaron, y él fué allá, tomólo, y llevólo todo á su aposento. Dió asimesmo, sin esto, muchas y ricas ropas de algodón y pluma, tejidas á maravilla; no tenían par en colores y figuras, y nunca los españoles tan buenas las ha-

bían visto; dió mas doce cebratanas de fusta y plata con que solia él tirar; las unas pintadas y matizadas de aves, animales, rosas, flores y árboles. Y todo tan perfecta y menudamente, que bien tenían qué mirar los ojos y qué notar el ingenio. Las otras eran vaciadas y cinceladas con mas primor y sotileza que la pintura. La red para bodoques y turquesas eran de oro, y algunas de plata. Envió tambien criados de dos en dos y de cinco en cinco, con un español por compañía á sus provincias, y á tierras de señores, ochenta, y cien leguas de Méjico, á coger oro por los tributos acostumbrados, ó por nuevo servicio para el Emperador. Cada señor y provincia dió la medida y cantidad que Moteczuma señaló y pidió, en hojas de oro y plata, en tejuelos y joyas, y en piedras y perlas. Vinieron todos los mensajeros, aunque tardaron hartos dias, y recogió Cortés y los tesoreros todo lo que trajeron; fundieronlo, y sacaron de oro fino y puro ciento y sesenta mil pesos, y aun mas, y de plata mas de quinientos marcos; repartióse por cabezas entre los españoles; no se dió todo, sino señalóse á cada uno según era. Al de caballo, doblado que al peon, y á los oficiales y personas de cargo ó cuenta se dió ventaja; pagósele á Cortés de monton lo que le prometieron en la Veracruz; cupo al Rey de su quinto mas de treinta y dos mil pesos de oro, y cien marcos de plata; de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salserillas y otras piezas, á la manera que indios usan, para enviar al Emperador. Valia allende desto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundicion, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cebratanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran pesces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro ó plata, ó piedras con pluma, que no tenían par; mas no se envió, y todo ó lo mas se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de Méjico, según que después muy por entero diremos.

Cómo rogó Moteczuma á Cortés que se fuese de Méjico.

En tres cosas empleaba Cortés el pensamiento, como se veia rico y pujante. Una era enviar á Santo Domingo y otras islas, dineros y nuevas de la tierra y su prosperidad, para traer gente, armas y caballos; que los suyos eran pocos para tan gran reino. La otra era tomar todo el estado de Moteczuma, pues lo tenia á él preso, y tenia á su devocion á los de Tlaxcallan, á Coatlicamatl y Tlaxiuhc, y sabia que los de Pánuco y Teoantepec y los de Mechuacan eran enemiscimos de mejicanos, y le ayudarian si menester los hubiese. Era la tercera hacer cristianos todos aquellos indios; lo cual comenzó luego como mejor y más principal. Que aunque no asoló los ídolos por las ya dichas causas, vedó matar hombres sacrificándolos, puso cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos por los templos, y hacia á los clérigos y frailes que dijiesen misa cada día, y bautizasen; aunque pocos se bautizaron, ó porque los indios tenían recio en su envejescida religion, ó porque los nuestros atendian á otras cosas, esperando tiempo para esto que mejor fuese. El oia misa

todos los dias, y mandaba que todos los españoles lo oyesen tambien, pues siempre se celebraba en casa. Mas regaláronsele por entonces estos sus pensamientos, porque Moteczuma volvia la hoja, ó á lo menos quiso, y porque vino Pánfilo de Narvaez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de Méjico. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contarémos por su orden. La vuelta de Moteczuma, como algunos quieren, fué decir á Cortés que se fuese de su tierra si queria que no le matasen con los demás españoles. Tres razones ó causas le movieron á ello, de las cuales las dos eran públicas. Una fué el combate grande y continuo que los suyos siempre le daban á que saliese de prision, y echase de allí los españoles ó los matase, diciendo cómo era grande afrenta y mengua suya y de todos ellos, estar así preso y abatido, y que los mandasen á coces aquellos pòquitos extranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debía ser pobre; y que si él queria, bien; si no, aunque no quisiese; que pues no queria ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Cualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen. Otra fué que el diablo, como se le aparecia, puso muchas veces en corazon á Moteczuma que matase los españoles ó los echase de allí, diciendo que si no lo hacia, se iria, y no le hablaria mas, por cuanto le atormentaban y daban enojo las misas, el evangelio, la cruz y el bautismo de los cristianos. El le decia que no era bueno matarlos siendo sus amigos y hombres de bien; pero que les rogaria que se fuesen, y cuando no quisiesen, que entonces los mataria. A esto replicó el diablo que lo hiciese así, y que le haria grandísimo placer; que, ó se tenia de ir él ó los españoles, pues sembraban la fe cristiana, muy contraria religion á la suya, ca no se compadescian juntas entrambas. La tercera razon, y que no se publicaba, era, según sospecha de muchos, que como son los hombres mudables y nunca permanescen en un ser y voluntad, así Moteczuma se arrepintió de lo que habia hecho, y le pesaba de la prision de Cacamacin, que algun tiempo quiso mucho, y que á falta de sus hijos, le habia de heredar, y porque conocia ser como le decian los suyos, y porque le dijo el diablo que no podia hacer mayor servicio, ni sacrificio mas acepto á los dioses, que matar y echar de su tierra los cristianos; y echándolos, que ni se acabaria en él la casta de los reyes de Culúa, antes se alargaria, ni dejarian de reinar sus hijos tras él; y que no creyese en agüeros, pues era ya pasado el octavo año, y andaba en el deciocheno de su reinado. Por estas causas pues, ó por ventura por otras que no sabemos, Moteczuma apercibió cien mil hombres tan secretamente, que Cortés no lo supo, para que si los españoles no se fuesen diciéndose, los prendiesen y matasen. Así que, con esto, determinó hablar á Cortés. Y un día salióse disimuladamente al patio con muchos de sus caballeros, á quien debía dar parte, y envió llamar á Cortés. Cortés dijo: «No me agrada esta novedad; plega á Dios sea por bien.» Tomó doce españoles, que mas á mano halló, y fué á ver qué le queria ó para qué le llamaba, que no lo solia hacer. Moteczuma se levantó á él, to-

mólo de la mano, metiólo en una sala, mandó traer asientos para entrambos, y díjole: «Ruégovos que os vais desta mi ciudad y tierra, ca mis dioses están de mí mal enojados porque os tengo aquí; pedidme lo que quisiéredes, y dar vos lo he, porque os mucho amo; y no penseis que os digo esto burlando, sino muy de veras. Por ende cumple que así se haga en todo caso.» Cortés cayó luego en la cuenta, ca no lo pareció que le recibia con el talante que otras veces, puesto que usó con él todas aquellas ceremonias y buena crianza; y antes que el faraute acabase de le declarar la voluntad de Moteczuma, dijo á un español de los doce que fuese á avisar á los compañeros que se aparejasen, por cuanto se trataba con él de sus vidas. Entonces se acordaron los nuestros de lo que les habian dicho en Tlaxcallan, y todos vieron que era menester gracia de Dios y buen corazon para salir de aquella afrenta. Como acabó el intérprete, respondió Cortés: «Entendido he lo que decis, y agradezcovoslo mucho; ved cuándo mandais que nos vamos, y así se hará.» Replicó Moteczuma: «No quiero que os vais sino cuando quisiéredes, y tomad el término que os parezca; que para entonces os daré á vos dos cargas de oro, y una á cada uno de los vuestros.» Entonces le dijo Cortés: «Ya, Señor, sabeis cómo eché al través mis naos luego que á vuestra tierra llegamos; y así, tenemos agora necesidad de otras para nos volver á la nuestra; por tanto, querria que llamásedes vuestros carpinteros para cortar y labrar madera; que yo tengo quien haga naos; y hechas, nos iremos si nos dais lo que prometido habeis, y decidlo así á vuestros dioses y á vuestros vasallos. Contentamiento grande mostró desto Moteczuma, y dijo: «Sea así.» Y luego hizo llamar muchos carpinteros. Cortés proveyó de maestros á ciertos españoles marineros; fueron á unos pinares, cortaron muchos y grandes árboles, y comenzaron á labrarlos. Moteczuma, que no debía ser muy malicioso, creyólo; empero Cortés hablo con sus españoles, y dijo á los que enviaba: «Moteczuma quiere que nos vamos de aquí porque sus vasallos y el diablo le andan al oído; cumple que se hagan navios; id con estos indios por vuestra fe, y córtese madera harta; que entre tanto Dios nuestro Señor, cuyo negocio tratamos, proveerá de gente y socorro y remedio, que no perdamos esta buena tierra; y conviene mucho que pongais toda dilacion, pareciendo que haceis algo, no sospechen esos mal, para que los engañemos así, y hagamos acá lo que nos cumple. Vais con Dios, y avisadme siempre cómo estais allá, y qué hacen ó dicen esos.»

El miedo de ser sacrificados que tuvieron Cortés y los suyos.

Ocho dias después que fueron á cortar madera, llegaron á la costa de Chalchicoeca quince navios. Las personas que por allí estaban en gobernacion y atalaya avisaron á Moteczuma dello con mensajeros, que en cuatro dias caminaron ochenta leguas. Temió Moteczuma, de que lo supo, y llamó á Cortés, que no temia menos, recelándose siempre de algun furor del pueblo y antojo del Rey. Cuando le dijeron á Cortés que Moteczuma salia al palacio, creyó, si daba en los españoles, que todos eran perdidos, y díjoles: «Señores y amigos, Moteczuma me llama; no es buena señal, habiendo pa-

sado lo del otro dia; yo voy á ver qué quiere; estad alerta, y la barba en la cebadera, por si algo intentaren estos indios; encomendáos mucho á Dios, acordáos quien sois, y quien son estos infieles hombres, aborrecidos de Dios, amigos del diablo, con pocas armas y no buen uso de guerra; si hubiéremos de pelear, las manos de cada uno de nosotros han de mostrar con obra y por la propia espada el valor de su ánimo; y así, aunque muramos quedaremos vencedores, pues habrémos cumplido con el oficio que traemos, y con lo que debemos al servicio de Dios como cristianos, y al de nuestro rey como españoles, y en honra de nuestra España y defensa de nuestras vidas.» Respondieronle: «Haremos nuestro deber hasta morir, sin que temor ni peligro lo estorben; ca menos estimamos la muerte que nuestro honor.» Con esto se fué Cortés á Moteczuma, el cual le dijo: «Señor capitán, sabed que ya teneis navies en que poderos ir; por eso, de aquí adelante cuando mandáredes.» Respondióle Cortés: «Señor muy poderoso, en teniéndolos hechos yo me iré.» «Once navios, dice Moteczuma, están en la playa á par de Cempoallan, y presto terné aviso si los que en ellos vienen han salido á tierra, y entonces sabrémos qué gente es y cuánta.» «¡Bendito sea Jesucristo, dijo Cortés, y doy muchas gracias á Dios por las mercedes que nos hace á mí y á todos estos hidalgos de mi compañía!» Un español saltó á decirlo á los compañeros, y todos ellos cobraron esfuerzo. Alabaron á Dios, y abrazáronse unos á otros con muy gran placer de aquella nueva. Estando así Cortés y Moteczuma, llegó otro correo de á pié, y dijo cómo estaban ya en tierra ochenta de caballo y ochocientos infantes y doce tiros de fuego; de todo lo cual mostró la figura, en que venian pintados hombres, caballos, tiros y naos. Levantóse Moteczuma entonces, abrazó á Cortés, y díjole: «Agora os amo mas que nunca, y quierome ir á comer con vos.» Cortés le dió las gracias por lo uno y por lo otro. Tomáronse por las manos, y fuéronse al aposento de Cortés, el cual dijo á los españoles no mostrasen alteracion, sino que todos estuviesen juntos y sobre aviso, y diesen gracias al Señor con tales nuevas. Moteczuma y Cortés comieron solos, con gran regocijo de todos; unos pensando quedar y sojuzgar el reino y gente, otros creyendo que se irian los que no podian ver en su tierra. A Moteczuma le pesaba, según dicen, aunque no lo mostraba; y un su capitán, viendo esto, le aconsejaba que matase los españoles de Cortés, pues eran pocos, y así temia menos que matar en los que venian, y no dejase juntar unos con otros; y porque aquellos no osarian llegar, muertos estos. Con esto llamó Moteczuma á consejo muchos señores y capitanes; propuso el caso, y el parecer de aquel capitán. Diversos votos hubo en ello; pero al cabo concluyóse que dejasen llegar á los españoles que venian, pensando que cuantos mas moros mas ganancia, y que así matarian mas y á todos juntos, diciendo que si mataban los que estaban en la ciudad, se tornarian los otros á las naos, y no podrian hacer el sacrificio dellos que sus dioses querian. Con esta determinacion pasaba Moteczuma cada dia con quinientos caballeros y señores á ver á Cortés, y mandaba servir y regalar á los españoles mejor que hasta entonces, pues habia de durar poco,

De cómo Diego Velazquez envió contra Cortés á Pánfilo de Narvaez con mucha gente.

Estaba Diego Velazquez muy enojado de Fernando Cortés, no tanto por el gasto, que poco ó ninguno habia hecho, cuanto por el interés de lo presente y por la honra, formando muy recias quejas dél porque no le habia dado cuenta ni parte, como á teniente de gobernador de Cuba, de lo que habia hecho y descubierto, sino enviádola á España al Rey, como si aquello fuera mal hecho ó traicion; y donde primero mostró la saña, fué en sabiendo que Cortés enviaba el quinto y presente, y las relaciones de lo que tenia descubierto y hecho, al Rey y á su consejo, con Francisco de Montejo y con Alonso Fernandez Portocarrero en una nao; ca luego armó una ó dos carabelas, y las despachó corriendo á tomar la de Cortés y lo que llevaba; y en una dellas fué Gonzalo de Guzman, que después fué teniente de gobernador en Cuba por su muerte; mas como se detuvieron mucho en aprestarla, ni la tomaron ni vieron; y después, como cuanto mas prósperas nuevas y hazañas oyese de Cortés, tanto mas le creciese la saña y malquerencia, no hacia sino pensar cómo deslucir y destruirle. Estando pues en aqueste pensamiento, avino que llegó á Santiago de Cuba Benito Martín, su capellan, que le trajo cartas del Emperador y el título de adelantado, y cédula de la gobernacion de todo lo que hubiese descubierto, poblado y conquistado en tierra y costa de Yucatan, con lo cual se holgó mucho, y tanto por echar de Méjico á Cortés, cuanto por el ditado y favores que el Rey le daba; y así, trajo luego esta armada, que fué de once naos y siete bergantines, y de novecientos españoles, con ochenta caballos, y se concertó con Pánfilo de Narvaez que viniese capitán general della y su teniente de gobernador; y porque mas áína partiese, anduvo él mesmo por la isla, y llegó á Guaniguanico, que es lo postrero della al poniente, donde estando ya para partirse Diego Velazquez á Santiago y Pánfilo de Narvaez á Méjico, llegó el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, oidor de Santo Domingo, en nombre de aquella chancilleria y de los frailes jerónimos que gobernaban, y del licenciado Rodrigo de Figueroa, juez de residencia y visitador de la audiencia, á requerir, so graves penas, á Diego Velazquez que no enviase, y Pánfilo que no fuese contra Cortés, ca seria causa de muertes, guerras civiles, y otros muchos males entre españoles, y se perderia Méjico, con todo lo demás que estaba ganado y pacífico para el Rey. Díjoles que si enojo tenia con él y diferencia sobre hacienda ó sobre puntos de honra, que al Emperador pertenescia conocer y sentenciar la causa, y no que él mesmo hiciese justicia en su proprio pleito, haciendo fuerza al contrario. Rogóles, si querian servir al Rey y á Dios primeramente, y ganar honra y provecho, que fuesen á conquistar nuevas tierras, pues habia hartas descubiertas sin la de Cortés, y tenian tan buena gente y armada. No bastó este requerimiento ni la autoridad y persona del licenciado Ayllon, para que Diego Velazquez y Narvaez dejasen de proseguir su viaje contra Cortés. Viendo pues tanta obstinacion en ellos y tan poca reverencia á la justicia, acordó irse con Narvaez en la nao que vino desde Santo Domingo, para estorbar daños, pensando

que lo acabaria mejor allá con él solo que no estando presente Diego Velazquez, y tambien por tratar entre Cortés y Narvaez si rompiesen. Embarcóse con tanto Pánfilo en Guaniguanico, y fué á surgir con su flota acerca de la Veracruz, y como supo que estaban allí ciento y cincuenta españoles de los de Cortés, envió allí á un clérigo, á Juan Ruiz de Guevara y Alonso de Vergara á los requerir que le tuviesen por capitán y gobernador; pero no quisieron escucharle los de dentro, antes los prendieron y los enviaron á Méjico á Cortés para que se informase dellos. Sacó luego á tierra la gente, caballos, armas y artilleria, y fuése á Cempoallan. Los indios comarcanos, así amigos de Cortés como vasallos de Moteczuma, le dieron oro, mantas y comida, pensando que era de Cortés.

Lo que Cortés escribió á Narvaez.

Mas que nadie piensa dió qué pensar esta nueva y grande armada á Cortés, antes que supiese cúa era. Por una parte holgaba que viniesen españoles, por otra le pesaba de tantos. Si venian á le ayudar, tenia por gahada la tierra; si contra él, por perdida. Si venian de España, creia que le traian buen despacho; si de Cuba, temia guerra civil con ellos. Pareciale que de España no podian venir tanta gente, y sospechaba que era de las islas, y que debía de venir allí Diego Velazquez, y después de sabido, tuvo otro tanto que pensar, porque le cortaban el hilo de su prosperidad y le atajaban los pasos que traia en calar los secretos de la tierra, las minas, la riqueza, las fuerzas, los que eran amigos de Moteczuma ó enemigos; estorbábale de poblar los lugares que comenzado tenia, de ganar amigos, de cristianar los indios, que era y debía ser lo principal, y cesaban otras muchas cosas tocantes al servicio de Dios y del Rey y á provecho de nuestra nacion. Temia que por desviar un inconveniente se le podian seguir muchos; si dejaba llegar á Méjico á Pánfilo de Narvaez, capitán que venia de aquella flota por Diego Velazquez, estaba cierta su perdicion; si salia contra él, la revuelta de la ciudad y la libertad de Moteczuma, y ponía en condicion su vida, su honra, sus trabajos, y por no venir á estos extremos, arrimóse á los medios. Lo primero que hizo fué despachar dos hombres, uno á Juan Velazquez de Leon, que iba á poblar á Cozacualco, para que luego, en viendo su carta, se tornase á Méjico, y dióle noticia de la venida de Narvaez, y de la necesidad que habia dél y de los cient y cincuenta españoles que consigo llevaba. El otro á la Veracruz á traelle razon enteramente y cierta de la llegada de Pánfilo, y qué buscaba y qué decia. El Juan Velazquez hizo lo que Cortés le escribió, y no lo que Narvaez, que como á cuñado suyo, y deudo de Diego Velazquez, le rogaba se pasase á él, por lo cual Cortés lo honró mucho de allí adelante. De la Veracruz fueron á Méjico veinte españoles con aviso de lo que Narvaez publicaba, y llevaron presos un clérigo y á Alonso de Guevara y á Juan Ruiz de Vergara, que habian ido á la villa por amotinar la gente de Cortés, so color que iban á requerirla con cédula del Rey. Lo segundo fué, que envió á fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, con otros dos españoles, á ofrescer su amistad á Narvaez, y si no la queria, á

requerirle de parte del Rey, y en nombre suyo, como justicia mayor de aquella tierra y de la de los alcaldes y regidores de la Veracruz, que estaban en Méjico, que entrase callado si traía provisiones del Rey ó su consejo, y sin hacer daño en la tierra; no escandalizase ni causase males, ni estorbare la buena ventura que allí tenían los españoles, ni el servicio del Emperador, ni la conversión de los indios; y si no las traía, que se tornase y dejase en paz la tierra y la gente. Mas poco aprovechó este requerimiento ni las cartas de Cortés y regimiento. Soltó al clérigo que trajeron preso los de la Veracruz, y envióle luego tras el fraile á Narvaez con ciertos collares de oro muy ricos y otras joyas, y una carta que en suma contenía cómo se holgaba mucho que viniese él en aquella flota antes que otro ninguno, por el conocimiento viejo que entre ellos había, y que se vieses solos si mandaba, para dar orden cómo no hubiese guerra ni muertes ni enojo entre españoles y hermanos, porque si traía provisiones del Rey y se las mostraba á él ó al cabildo de la Veracruz, que se obedecerían, como era justo, y si no, que tomarían otro buen asiento. Narvaez, como venía tan pujante, nada ó muy poco curaba de aquellas cartas ni ofertas ni requerimientos de Cortés, y porque Diego Velazquez, que le enviaba, estaba mal enojado é indignado.

Lo que Pánfilo de Narvaez dijo á los indios y respondió á Cortés.

Pánfilo de Narvaez dijo á los indios que estaban engañados, por cuanto él era el capitán y señor; que Cortés no, sino un malo, y los que con él estaban en Méjico, que eran sus mozos, y que él venía á cortar la cabeza y á castigarlos y echarlos de la tierra, y luego irse y dejársela libre. Ellos se lo creyeron con verle con tantos barbudos y caballos, creo que de ligeros ó medrosos; con esto le servían y acompañaban, y dejaban á los de la Veracruz. También se congració con Moteczuma, diciéndole que Cortés estaba allí contra la voluntad de su rey; que era hombre bandolero y codicioso, que le robaba su tierra y le quería matar para alzarse con el reino, y que él iba á saltarle y á le resituir cuanto aquellos malos le habían tomado; y porque á otros no hiciesen semejantes daños y mal tratamiento, que los prendería y mataría ó echaría en prisión; por eso, que estuviese alegre, pues presto se verían, y no había de hacer mas de resituirle en su reino y tornarse á su tierra. Eran estos tratos tan malos y tan feos, é injuriosas las palabras y cosas que Pánfilo decía públicamente de Cortés y los españoles de su compañía, que parecían muy mal á los de su ejército; y muchos no las pudieron sufrir sin afeárselas, especial Bernaldino de Santa Clara, que viendo la tierra tan pacífica y tan bien contenta de Cortés, le dio una buena reprehension, y asimismo le hizo uno y muchos requerimientos el licenciado Ayllon, y le mandó, so gravísimas penas de muerte y perdimiento de bienes, que no dijese aquello ni fuese á Méjico; que sería grandísimo escándalo para los indios y desasosiego para los españoles, deservicio del Emperador y estorbo del bautismo. Enojado dello Pánfilo, prendió al licenciado Ayllon, oidor del Rey, y á un secretario de la Audiencia y á un alguacil. Metiólos en otra nao, y enviólos á Diego Velazquez; mas él se supo

dar tan buena maña, que, ó sobornando los marineros ó atemorizándolos con la justicia del Rey, se volvió libremente á su chancillería, donde contó cuanto le venía con Narvaez á sus compañeros y gobernadores, que no poco dañó los negocios de Diego Velazquez y mejoró los de Cortés. Como prendió Narvaez al licenciado, luego pregonó guerra á fuego, como dicen, y á sangre contra Cortés; prometió ciertos marcos de oro al que prendiese ó matase á Cortés y á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval, y á otras principales personas de su compañía, y repartió los dineros y ropa á los suyos, haciendo mercedes de lo ajeno. Tres cosas fueron estas harto livianas y panfarronas. Muchos españoles de Narvaez se amotinaban por los mandamientos del licenciado Ayllon, ó por la fama de la riqueza y franqueza de Cortés; y así, Pedro de Villalobos y un portugués y otros seis ó siete se pasaron al Cortés, y otros le escribieron, á lo que algunos dicen, ofresciéndosele si venía para ellos; y que Cortés leyó las cartas, callando la firma y nombres de cuyas eran, á los suyos; en las cuales los llamaba sus mozos, traidores, salteadores, y los amenazaba de muerte y á quitarles la hacienda y tierra. Unos cuentan que ellos se amotinaron, y otros que Cortés los sobornó con cartas, ofertas y una carga de collares y tejuelos de oro que envió de secreto al real de Pánfilo de Narvaez con un su criado, y que publicaba tener en Cempoallan docientos españoles. Todo pudo ser, ca el uno era tibio y descuidado y el otro era cuidadoso y ardía en los negocios. Narvaez respondió á Cortés con el fraile de la Merced, y lo substancial de la carta era, que fuese luego, vista la presente, adonde él estaba, que traía y le quería mostrar unas provisiones del Emperador para tomar y tener aquella tierra por Diego Velazquez, y que ya tenía hecha una villa de hombres solamente con alcaldes y regidores. Tras esta carta envió á Bernaldino de Quesada y á Alonso de Mata á le requerir que saliese de la tierra, so pena de muerte, y notificarle las provisiones; mas no se las notificaron, ó porque no las llevaban, que fuera poco sabio si de nadie las confiara, ó porque no les dieran lugar; antes Cortés hizo prender al Pedro de Mata porque se llamaba escribano del Rey no siéndolo ó no mostrando el título.

Lo que dijo Cortés á los suyos.

Viendo pues Cortés que hacían poco fruto las cartas y mensajeros, aunque cada día iban y venían de Narvaez á él, y dél á Narvaez, y que nunca se habían visto ni mostrado las provisiones del Rey, acordó verse con él, que barba á barba, como dicen, honra se cata, y por llevar el negocio por bien y buenos medios, si posible fuese; y para esto despachó á Rodrigo Álvarez Chico, veedor, y á Juan Velazquez y Juan del Rio, que tratasen con Narvaez muchas cosas. Pero tres fueron las principales: que se vieses solos ó tantos á tantos; que Narvaez dejase á Cortés en Méjico, y él se fuese con los que traía, á conquistar á Pánuco, que estaba de paz, con personas de allá muy principales que tenía, ó á otros reinos; y Cortés, que pagaría los gastos y socorrería los españoles que traía, ó que se estuviese Narvaez en Méjico, y diese á Cortés cuatrocientos españoles de la armada, para que con ellos y con los suyos él

se pasase adelante á conquistar otras tierras. La otra era que le mostrase las provisiones que del Rey traía, y las obedeciera. Narvaez no vino á ningún partido, solamente al concierto de que se vieses con cada diez hidalgos sobre seguro y con juramento, y firmáronlo de sus nombres; mas no se efectuó, porque Rodrigo Álvarez Chico avisó á Cortés de la trama que Narvaez urdía para le prender ó matar en las vistas. Como entendía en el negocio, entendió la maña y engaño, ó quizá se lo dijo alguno que no quería mal á Cortés. Deshechos los conciertos, determina Cortés ir á él con decir: «Algo será.» Primero que se fuese habló con sus españoles, trayéndoles á la memoria cuanto él por ellos y ellos por él habían hecho desde que comenzó aquella jornada hasta entonces; dijo cómo Diego Velazquez, en lugar de les dar las gracias, los enviaba á destruir y matar con Pánfilo de Narvaez, que era hombre recio y cabezudo, por lo que habían hecho en servicio de Dios y del Emperador, y porque acudieron al Rey, como buenos vasallos, y no á él, no siendo obligados, y que Narvaez les tenía ya confiscados sus bienes, y hechas mercedes dellos á otros, y los cuerpos condenados á horca y las famas puestas al tablero, no sin muchas injurias y befas que de todos hacía; cosas ciertamente no de cristiano; ni que ellos, siendo tales y tan buenos, querrian disimular y dejar sin el castigo que merecían, y aunque la venganza él y ellos la debían dejar á Dios, que da el pago á los soberbios é invidiosos, que le parecían no dejasen á lo menos gozar de sus trabajos y sudores á otros, que con sus manos lavadas venían á comer la sangre del prójimo, y que descaradamente iban contra otros españoles, levantando los indios que los servían como amigos, y urdiendo guerras muy peores que las civiles de Mario y Silla, ni que las de César y Pompeyo, que turbaron el imperio romano; y que él determinaba salirle al camino y no dejarle llegar á Méjico, pues era mejor Dios os salve que no quien está allá; y que si eran muchos, que valía mas á quien Dios ayuda que no quien mucho madruga, y que buen corazón quebranta mala ventura, como el suyo dellos, que estaba pasado por el crisol, después que con él seguían las armas y guerra; asimismo que de los de Narvaez había muchos que se pasarían á él, por eso que les daba cuenta de lo que pensaba y hacía, para que los que quisiesen ir con él, que se apercebiesen, y los que no, que quedasen mucho en buen hora á guardar á Méjico y á Moteczuma, que tanto montaba. Hizoles también muchos ofrescimientos si con victoria tornaba. Los españoles dijeron que como él ordenase así lo harían. Mucho les inclinó con esta plática, y á la verdad temían la soberbia y ceguera de Pánfilo de Narvaez, y por otra parte á los indios, que ya tomaban alas con ver disension entre españoles, y que los de la costa estaban con los otros.

Ruegos de Cortés á Moteczuma.

Tras esto, como los halló amigos y ganosos de lo que él mismo, habló á Moteczuma, por ir sin menos cuidado y por saber lo que había en él, y dijole semejantes razones que estas:

«Señor, conocido ternéis el amor que os tengo y el deseo de serviros, y la esperanza de que á mí y á mis

compañeros haréis, cuando nos vamos, muy crecidas mercedes. Pues ahora os suplico me las hagais en esta-ros siempre aquí, é mireis por estos españoles que con vos dejo, y que os encomiendo, con el oro é joyas que les queda y que vos nos distes; ca yo me parto á decir á aquellos que poco há llegaron en la flota, cómo vuestra alteza manda que yo me vaya, y que no hagan daño ni enojo á vuestros súbditos y vasallos, ni entren en vuestras tierras, sino que se estén en la costa hasta que nosotros estemos para poder embarcar y nos ir, como es la vuestra voluntad y merced; é si entre tanto que voy y vuelvo, algun vuestro, de mal criado ó necio ó atrevido, quisiere enojar á los míos que en vuestra guarda quedan, mandaréisles que estén quedos.»

Moteczuma prometió de hacerlo así; y le dijo que si aquellos eran malos y no hacían lo que les mandase, que se lo avisase, y él le enviaria gente de guerra para que los castigase y echase fuera de su tierra; y si quería, le daría guías que le llevasen hasta la mar siempre por sus tierras, y mandaría que le sirviesen por el camino y mantuviesen. Cortés le besó las manos por ello. Agradecióselo mucho, y dió un vestido de España y ciertas joyas á un hijo suyo, y muchas cosas de rescate á otros señores que estaban allí á la plática. Mas no conoció de lo que entendía, ó porque aun no le habían dicho nada de parte de Narvaez, ó porque disimuló gentilmente, holgando que unos cristianos á otros se matasen, y creyendo que por allí ternía mas cierta su libertad, y se aplacarían sus dioses.

La prision de Pánfilo de Narvaez.

Estaba tan bienquisto de aquellos sus españoles Cortés, que todos querían ir con él; y así, pudo escoger á los que quiso llevar, que fueron docientos y cincuenta, con los que tomó en el camino á Joan Velazquez de Leon. Dejó á los demás, que serían otros docientos, en guarda de Moteczuma y de la ciudad. Dióles por capitán á Pedro de Albarado. Dejoles la artillería y cuatro fustas que había hecho para señorear la laguna, y rogóles que atendiesen solamente á que Moteczuma no se les fuese á Narvaez, y á no salir del real y casa fuerte. Partióse pues con aquellos pocos españoles y con ocho ó nueve caballos que tenía, y muchos indios de servicio. Pasando por Chololla y Tlaxcallan fué bien recibido y hospedado. Quince leguas, ó poco menos, antes de llegar á Cempoallan, donde Narvaez estaba, topó dos clérigos y á Andrés de Duero, su conocido y amigo, á quien debía dineros, que le prestó para acabar de furnir la flota, que venían á decirle fuese á obedecer al general y teniente de gobernador Pánfilo de Narvaez, y á entregarle la tierra y fuerzas della; donde no, que procedería contra él como contra enemigo y rebelde, hasta ejecución de muerte; y si lo hacía, que le daría sus naos para irse, y le dejaría ir libre y seguramente con las personas que quisiese. A esto respondió Cortés que antes moriría que dejarle la tierra que había él ganado y pacificado por sus puños é industria, sin mandamiento del Emperador; y si á gran tuerto le quería hacer guerra, que se sabría defender; y si venía, como esperaba en Dios y en su razón, que no había menester sus naos, y si moría, mucho menos. Por eso, que le mostrase las

provisiones y recaudo que del Rey traía; porque, hasta primero verlas y leerlas no aceptaría partido ninguno; y pues no se las había mostrado ni mostraba, que era señal como no las traía ni tenía; y siendo así, que le rogaba, requería y mandaba se tornase con Dios á Cuba, si no, que le prendería y enyaría á España con grillos, al Emperador, que lo castigase como merecían sus deservicios y alborotos; y así, con esto despidió al Andrés de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poder y mandamiento suyo, á requerirle que se embarcase y no escandalizase mas los hombres y tierra, que á mas andar se le levantaban, y se fuese antes que mas muertes ó males se recreciesen; donde no, que para el día de pascua de Espíritu Santo, que era de allí á tres días, sería con él. Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y mofó reciamente de Cortés, que con tan poca gente venía haciendo fieros. Hizo alarde de su gente delante de Joan Velazquez de Leon, y Joan de Rio y los otros de Cortés que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopeteros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de caballo; y aun díjoles: «¿Cómo os defenderéis de nosotros, si no haceis lo que queremos?» Prometió dineros á quien le trajese preso ó muerto á Cortés, y lo mesmo hizo Cortés contra Pánfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuzó con los caballós, y jugó la artillería, para atemorizar los indios; por el cual temor el gobernador que allí cerca tenía Moteczuma le dió un presente de mantas y joyas de oro, en nombre del gran señor, y se le ofreció mucho. Narvaez envió, como dicen, de nuevo otro mensaje á Moteczuma y á los caballeros de Méjico, con los indios que llevaban el alarde pintado; y porque le decían que Cortés venía cerca, salía á correr el campo, y el día de Pascua sacó todos sus ochenta caballos y quinientos peones, y fué una legua de donde ya Cortés llegaba. Mas, como no lo halló, pensó que las lenguas que por espías traía, le burlaban, y tornóse á su real casi ya de noche, y durmióse. Mas, por si los enemigos viniesen, puso por centinelas en el camino, casi una legua de Cempoallan, á Gonzalo de Carrasco, Alonso Hurtado. Cortés anduvo el día de Pascua mas de diez leguas á gran trabajo de los suyos. Poco antes de llegar dió su mandamiento por escrito á Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, para que prendiese á Narvaez, ó matase si se defendiese, y á los alcaldes y regidores, y dióle ochenta españoles de compañía con que lo hiciese. Los corredores de Cortés, que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narvaez. Tomaron al Gonzalo de Carrasco, que les dijo cómo tenía repartido Pánfilo de Narvaez el aposento, gente y artillería. El Alonso Hurtado escapóseles, y fué á mas correr, y entró por el patio del aposento de Narvaez, diciendo á voces: «Arma, arma, que viene Cortés.» A este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creían. Cortés dejó los caballos en el monte, hizo algunas picas que faltaban para que todos los suyos llevasen sendas, y entró él delantero en la ciudad y en el real de los contrarios á media noche, que, por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora. Mas, por bien que caminó, ya se sabía su venida por la centinela, que

llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados, y muchos enfrenados, y los hombres armados. Entró tan sin ruido, que primero dijo, «Cierra y á ellos,» que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos, y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron á Narvaez, estándose poniendo una cota: «Catad, Señor, que entra Cortés.» Respondió: «Dejadle venir; que me viene á ver.» Tenía Narvaez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y á la puerta trece tiros, ó segun otros dicen, decisiete, todos de fruslera. Hizo Cortés subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta ó cincuenta compañeros, y él quedóse á la puerta para defender la entrada con veinte; los demás cercaron las torres; y así, no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narvaez, como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear, por mas que le fué requerido y rogado; y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés, que le sacaron un ojo. Echáronle luego mano, y rastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vió delante de Cortés dijo:

«Señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa.» El le respondió: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido.» Luego le hizo aprisionar y llevar á la Villarica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, ca dentro de una hora estaba preso Pánfilo y los mas principales de su bueste, y quitadas las armas á los demás. Murieron deciseis de la parte de Narvaez, y de la de Cortés dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artillería, con la priesa que Cortés les dió, si no fué un tiro, con que mataron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasion los vencidos para decir que Cortés tenía sobornado el artillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y rendidos, ni á Narvaez, que tanto mal habia dicho dél, estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda, criado de Diego Velazquez, que venía por mayordomo de Narvaez, recogió y guardó los navios y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre á otro? ¿Qué hizo, dijo, pensó cada capitán de estos dos? Pocas veces, ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nacion; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados.

Mortandad por viruelas.

Costó esta guerra muchos dineros á Diego Velazquez, la honra y un ojo á Pánfilo de Narvaez, y muchas vidas de indios que murieron, no á fierro, sino de dolencia; y fué que, como la gente de Narvaez salió á tierra, salió tambien un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenían en Cempoallan, y luego un indio á otro; y como eran muchos, y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las mas casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbraban bañarse á todos

males, bañábanse con ellas, y tollíanse; y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños frios saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo. Sobrevinieron hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni atahonas, no hacen otro las mujeres sino moler su grano de centli entre dos piedras, y cocer. Cayeron pues malas de las viruelas, y faltó el pan, y pesrecieron muchos de hambre. Hedían tanto los cuerpos muertos, que nadie los quería enterrar, y con esto estaban llenas las calles; y porque no los echasen en ellas, diz que derribaba la justicia las casas sobre los muertos. Llamaron los indios á este mal huizauatl, que sueña la gran lepra. De la cual, como de cosa muy señalada, contaban después ellos sus años. Parésceme que pagaron aquí las bubas que pegaron á los nuestros, segun en otro capítulo tengo dicho.

Rebelion de Méjico contra los españoles.

Conocía Cortés casi á todos aquellos que venían con Narvaez. Háblóles cortesmente. Rogóles que olvidasen lo pasado, que así haría él, y que tuviesen por bien de ser sus amigos, é irse con él á Méjico, que era el mas rico pueblo de Indias. Volvióles sus armas, que las habían perdido muchos, y á muy pocos dejó presos con Narvaez. Los de caballo se salieron al campo con ánimo de pelear, mas luego se dieron por lo que les dijo y prometió. En fin, todos ellos, que no venían sino á gozar la tierra, holgaron dello, y lo siguieron y sirvieron. Rehizo la guarnicion de la Veracruz, y envió allí los navios de la flota. Despachó docientos españoles al río de Garay, y tornó á enviar á Juan Velazquez de Leon con otros docientos á poblar en Cozacacoalco. Envió delante un español con la nueva de la victoria, y él partióse luego á Méjico, no sin cuidado de los suyos que allá estaban, á causa de los mensajeros de Narvaez á Moteczuma. El español que fué con las nuevas, en lugar de albricias, hubo heridas que le dieron los indios alzados. Mas, aunque llagado, tornó á decir á Cortés cómo los indios estaban rebelados é con armas, é que habían quemado las cuatro fustas, combatido la casa y fuerte de los españoles, derribado una pared, minado otra, puesto fuego á las municiones, quitádoles las vituallas, y llegado á tanto aprieto, que mataran ó prendieran los españoles si Moteczuma no les mandara dejar el combate, y aun con todo eso, no dejaron las armas ni el cerco; solamente alojaron por complacer á su señor. Estas nuevas fueron muy tristes para Cortés, ca le volvieron su gozo en cuidado, y le hicieron apresurar el camino para socorrer á sus amigos y compañeros; y si un poco mas tardara, no los hallarían vivos, sino muertos ó para sacrificar. La mayor esperanza que tuvo de no perderlos y perderse, fué no haberse ido Moteczuma. Hizo reseña en Tlaxcallan de los españoles que llevaba, y eran mil peones y ciento de caballo, ca llamó á los que enviara á poblar. No paró hasta Tezcuco, donde no vió los caballeros que conocía, ni le recibieron como otras veces, ni por el camino tampoco; antes halló

la tierra, ó despoblada ó alborotada. A Tezcuco le vino un español que Albarado enviaba á le llamar y certificar de lo arriba dicho, y que entrase presto, porque con su ida alojaria la ira. Vino asimesmo con el español un indio de parte de Moteczuma, que le dijo cómo de lo pasado él estaba sin culpa, y que si traía enojo dél, que lo perdiese, y se fuese al aposento de primero, donde él se estaba, y los españoles tambien vivos y sanos, como se los dejó. Con esto descansaron él y los demás españoles aquella noche, y otro día, que fué Sant Juan Bautista, entró por Méjico á hora de comer, con ciento de caballo y mil españoles, y muchedumbre de los amigos de Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla. Vió poca gente por las calles, no rescibimiento, algunas puentes desbaratadas y otras ruines señales. Llegó á su aposento, y los que no cupieron en él, fuéronse al templo mayor. Moteczuma salió al patio á recibirle, penado, á lo que mostraba, de lo que los suyos habían hecho. Desculpóse, y entróse cada uno en su cámara. Pedro de Albarado y los otros españoles no se veían de placer con su llegada y la de tantos, que les daban las vidas, que tenían medio perdidas. Saludáronse unos á otros, y preguntáronse cómo estaban y venían, y cuanto los unos contaban de bueno, tanto los otros de malo.

Las causas de la rebelion.

Quiso Cortés por entero saber la causa del levantamiento de los indios mejicanos. Preguntólo á todos juntos. Unos decían que por lo que Narvaez les enviara á decir, otros que por echarlos de Méjico para que se fuesen, como estaba concertado, en teniendo navios, pues peleando les voceaban: «los, íos de aquí;» otros que por libertar á Moteczuma, que en los combates decían: «Soltad nuestro dios y rey si no quereis ser muertos;» quien decía que por robarles el oro, plata y joyas que tenían, y que valían mas de setecientos mil ducados; pues oían á los que llegaban cerca: «Aquí dejaréis el oro que nos habeis tomado;» quien que por no ver allí á los tlazcaltecas y otros que sus enemigos mortales eran; muchos, en fin, creían que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decirselo el diablo. Cada cual destas causas era bastante á que se rebelasen, cuanto mas todas juntas. Pero la principal fué porque pocos dias después de ido Cortés á Narvaez, vino cierta fiesta solemne que los mejicanos celebraban, y quisieronla celebrar como solían, y para ello pidieron licencia á Pedro de Albarado, que quedó alcaide y teniente por Cortés, porque no pensase, á lo que ellos decían, que se juntaban para matar los españoles. Albarado se la dió, con tal que en el sacrificio no interviniere muerte de hombres ni llevasen armas. Juntáronse mas de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores, en el templo mayor; otros dicen mas de mil. Hicieron grandísimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas, huesos hendidos, con que silvan muy recio. Hicieron su fiesta, é desnudos, empero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy ricos penachos en las cabezas, bailaron el baile que llaman mazeualiztli, que quiere decir merescimiento con trabajo, y así dicen mazauali por Labrador.

Este baile es como el netoteliztli, que dije; ca ponen esteras en los patios de los templos, y encima dellas los atabales. Danzan en corro, trabados de las manos y por renglera; bailan al son de los que cantan, y responden bailando. Los cantares son santos, y no profanos, en alabanza del dios cuya es la fiesta, porque les dé agua ó grano, salud, victoria, ó porque les dió paz, hijos, sanidad y otras cosas así, y dicen los pláticos desta lengua y ritos ceremoniales, que cuando bailan así en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al netoteliztli, así con la voz como con meneos del cuerpo, cabeza, brazos y piés, en que manifestaban sus conceptos, malos ó buenos, sucios ó loables. A este baile llaman españoles areito, que es vocablo de las islas de Cuba y Santo Domingo. Estando pues bailando aquellos caballeros mejicanos en el patio del templo de Vitcolpuchtli, fué allí Pedro de Albarado. Si fué de su cabeza ó por acuerdo de todos no lo sabría decir; mas de que unos dicen que fué avisado que aquellos indios, como principales de la ciudad, se habian juntado allí á concertar el motin y rebelion que después hicieron; otros, que al principio fueron á verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traian á cuestras, y así tomó las puertas con cada diez ó doce españoles, y entró él dentro con mas de cincuenta, y sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima. Cortés, aunque le debió pesar, disimuló por no enojar á los que lo hicieron; ca estaba en tiempo que los habia bien menester, ó para contra los indios ó porque no hubiese novedad entre los suyos.

Las amenazas que hacian los de Méjico á los españoles.

Sabida la causa de la rebelion, preguntóles Cortés cómo peleaban los enemigos. Ellos dijeron que luego como tomaron armas cargaron con furia muy grande, pelearon y combatieron la casa diez dias arreo, en los cuales habian hecho los daños que ya sabia, y que por no dar lugar que Moteczuma se saliese y se fuese á Narvaez, como algunos decian, no habian ellos osado salir de casa á pelear por las calles, sino defenderse solamente y guardar á Moteczuma, como se lo dejara encargado; y que como eran pocos, y los indios muchos, y que de credo á credo se remudaban, que no solo se cansaban, mas que desmayaban, y si á los mayores rebatos no subía Moteczuma á una azotea y mandaba á los suyos que estuviesen quedos, si lo querian vivo, ya estuvieran todos muertos; ca luego en viéndole cesaban. Dijeron tambien que como vino la nueva de la victoria contra Pánfilo, Moteczuma les mandó, y ellos quisieron alfojar y no pelear; no, segun era fama, de miedo, sino porque llegado él, los matasen á todos juntos; mas empero que arrepentidos, y conociendo que venido Cortés con tantos españoles, ternian mas que hacer, volvieron á las armas y batería como de primero, y aun con mas gana y denuedo; de donde coligieron algunos que no era con voluntad de Moteczuma. Contaron asimesmo muchos milagros: que como les faltase agua de beber, cavaron en el patio de su aposento hasta la rodilla ó poco mas, y salió agua dulce, siendo el suelo salobral; que muchas veces se ensayaron los indios á

quitar la imágen de nuestra Señora gloriosísima del altar donde Cortés la puso, y en tocándola se les pegaba la mano á lo que tocaban, y en buen rato no se les despegaba, y despegada, quedaba con señal; y así, la dejaron estar; que cargaron un dia de recio combate el mayor tiro, y cuando le pusieron fuego para arredrar los enemigos no quiso salir; los cuales, como vieron esto, arremetieron muy denodadamente con terrible grita, con palos, flechas, lanzas y piedras, que cubrian la casa y calle, diciendo ahora redimirémos nuestro rey, liberarémos nuestras casas y nos vengarémos; mas al mejor hervor del combate soltó el tiro, sin lo cebar mas ni ponerle de nuevo fuego, con espantoso sonido; y como era grande y tenia perdigones con la pelota, escupió muy recio, mató muchos y asombrólos á todos; y así, atónitos se retiraron; que andaban peleando por los españoles santa Maria y Santiago en un caballo blanco, y decian los indios que el caballo hería y mataba tantos con la boca y con los piés y manos como el caballero con la espada, y que la mujer del altar les echaba polvo por las caras y los cegaba; y así, no viendo á pelear, se iban á sus casas pensando estar ciegos, y allá se hallaron buenos; y cuando volvian á combatir la casa, decian: «Si nouviésemos miedo á una mujer y al del caballo blanco, ya estaria derribada vuestra casa, vosotros cocidos, aunque no comidos, ca no sois buenos de comer; que el otro dia lo probamos y amargais; mas echarvos hemos á las águilas, leones, tigres y culebras, que os traguen por nosotros; pero con todo esto, si no soltais á Moteczumacin y os vais luego, presto seréis muertos santamente, cocidos con chilmolli y comidos de brutos animales, pues no sois buenos para estómagos de hombres; porque siendo Moteczumacin nuestro señor y el dios que nos da mantenimiento, le osastes prender y tocar con vuestras robadoras manos, y á vosotros, que tomáis lo ajeno, ¿cómo os sufre la tierra, que no os traga vivos? Pero andar; que nuestros dioses, cuya religion profanastes, os darán vuestro merecido; y si no lo hacen presto, nosotros vos matarémos y despojarémos luego, y á esos hi de ruines y apocados de Tlaxcallan, vuestros esclavos, que no se irán sin castigo ni alabando que toman las mujeres de sus señores y piden tributo á quien pechaban.» Estas y tales cosas braveaban y baladreaban aquellos mejicanos; y los nuestros, que de puro miedo estaban ciscados, los reprehendian de semejantes boberias que se dejaban decir cerca de Moteczuma, diciéndoles que era hombre mortal, y no mejor ni diferente dellos; que sus dioses eran vanos y su religion falsa, y la nuestra cierta y buena; nuestro Dios justo, verdadero criador de todas las cosas, y la mujer que peleaba era madre de Cristo, dios de los cristianos, y el del caballo blanco era apóstol del mesmo Cristo, venido del cielo á defender aquellos poquitos españoles y á matar tantos indios.

El estrecho en que los mejicanos pusieron á los españoles.

En oír esto, en mirar la casa y proveer lo necesario se pasó aquella noche, y luego por la mañana, para saber de qué intencion estaban los indios con su llegada, dijo Cortés que hiciesen mercado, como solian, de todas las cosas, y ellos estar quedos. Entonces le dijo Albarado

La muerte de Moteczuma.

que hiciese del enojado con él, y como que le queria prender y castigar por lo que hizo, ca le remordia la conciencia, pensando que así Moteczuma y los suyos se aplacarían y aun rogarian por él. Cortés no curó de aquello, antes muy enojado, dijo, á lo que dicen, que eran unos perros, y que con ellos no habia necesidad de cumplimiento, y mandó luego á un principal caballero mejicano que allí estaba que en todas maneras hiciesen mercado. El indio conoció que hablaban mal dellos, teniéndolos en poco mas que bestias, y enojóse tambien él, y desdeñado, fué como que á cumplir lo que Cortés mandaba, y no fué sino á apellidar libertad y á publicar las palabras injuriosas que oyera, y en poco tiempo revolvió la feria, porque unos quebraban las puentes, otros llamaban los vecinos, y todos á una dieron sobre los españoles y cercaron la casa con tanta grita, que no se oían. Tiraban tantas piedras, que parecían pedrisco; tantas flechas y dardos, que hinchian paredes y patio á no poder andar por él. Salió Cortés por una parte y otro capitan por otra, con cada doscientos españoles, y pelearon con ellos los indios reciamente, y les mataron cuatro españoles, hirieron á otros muchos de los nuestros, y no murieron dellos sino pocos, por tener la guarida cerca ó en las casas, ó tras las puentes y albarradas. Si arremetian los nuestros por las calles, luego les atajaban las puentes; si á las casas, recebian mucho daño de las azoteas, con los cantos y piedras que dellas arrojaban. Al retirar los persiguieron terriblemente. Pusieron fuego á la casa por muchas partes, y por una se quemó un buen pedazo sin lo poder amatar, hasta derribar sobre él unas cámaras y paredes, por donde entraran á escala vista, si no fuera por la artillería, ballestas y escopetas que se pusieron allí. Duró la pelea y combate todo el dia, hasta ser de noche, y aun entonces no los dejaban, con grita y rebates. No durmieron mucho aquella noche, sino reparar los portillos de lo quemado y flaco, curar los heridos, que eran mas de ochenta, concertar las estancias, ordenar la gente para pelear otro dia, si menester fuese. Como fué dia, fueron sobre ellos mas indios y mas recio que el dia antes; tanto, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros. Ninguna mella hacian en ellos ballestas ni escopetas, ni trece falconetes que siempre desparaban, porque aunque llevaba el tiro diez y quince y aun veinte indios, luego cerraban por allí, que parecían no haber hecho daño. Salió Cortés con otros tantos, como el dia de atrás; ganó algunas puentes, quemó algunas casas, y mató en ellas muchos que dentro se defendian; mas eran tantos los indios, que ni se descubria el daño ni se sentia; y eran tan pocos los nuestros, que con pelear todos todas las horas del dia, no bastaban á defenderse, cuanto mas á ofender. No fué muerto español ninguno; mas quedaron heridos sesenta, de piedra ó saeta, que tuvieron bien que curar aquella noche. Para remediar que de las casas y azoteas no rescibiesen daño ni heridas, como hasta allí, hicieron tres ingenios de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor. Cabia cada uno veinte hombres con picas, escopetas y ballestas, y un tiro. Detrás dellos habian de ir azadoneros para derrocar casar y albarradas, ó para regir y ayudar á ir el ingenio.

Entre tanto que se hacian estos ingenios no salian los nuestros á pelear, ocupados en la obra; solamente resistian; mas los enemigos, pensando que todos estaban muy mal heridos, combatíanlos á mas no poder, y aun les decian denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban á Moteczuma, que les darian la mas cruda muerte que jamás hombres llevaron. Cargaban tanto y porfiaban á entrar la casa, que rogó Cortés á Moteczuma se subiese á una azotea alta y mandase á los suyos cesar é irse. Subió, púsose al petril para hablallos, y en comenzando, tiraron tantas piedras de abájo y de las casas fronteras, que de una que le acertó en las sienas le derribaron y mataron sus propios vasallos. Y no lo quisieran hacer mas que sacarse los ojos; ni lo vieron, como le tenia un español cubierto y amparado con una rodela, no le diesen en la cara alguna pedrada, que tiraban muchas; ni creyeron que estaba allí, por mas señas y voces que les daban. Luego Cortés publicó la herida y peligro de Moteczuma; mas unos lo creian, y otros no; empero todos peleaban á porfia. Tres dias estuvo Moteczuma con dolor de cabeza, y al cabo murióse. Cortés, porque los indios viesan que moria de la pedrada que ellos le habian dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar á cuestras á dos caballeros mejicanos y presos, que dijeron la verdad á los ciudadanos; los cuales á la sazón estaban combatiendo la casa; mas ni por eso no dejaron el combate ni la guerra, como muchos de los nuestros pensaban; antes la hicieron mayor y sin ningun respeto. Al retirar hicieron muy gran llanto para enterrar al Rey en Chapultepec. Desta manera murió Moteczumacin, que de los indios era por dios tenido, y que tan gran rey como dicho es era. Pidió el bautismo, segun dice, por Carnestolendas; y no se lo dieron entonces por dárselo la Pascua con la solemnidad que requeria tan alto sacramento y tan poderoso príncipe, aunque mejor fuera no alargarlo; mas como vino primero Pánfilo de Narvaez, no se pudo hacer, y después de herido olvidóse, con la priesa del pelear. Afirman que nunca Moteczuma, aunque de muchos fué requerido, consintió en muerte de español ni en daño de Cortés, á quien mucho amaba. Tambien hay quien lo contrario diga. Todos dan buenas razones; mas empero no pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendian el lenguaje, ni después hallaron vivo á ninguno con quien Moteczuma hubiese comunicado esta puridad. Una cosa sé decir, que nunca dijo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos. Dicen los indios que fué el mejor de su linaje y el mejor rey de Méjico. Y es gran cosa que cuando los reinos mas florecen y mas encumbrados están, entonces se caen y pierden ó truecan señor, segun historias cuentan, y como lo habemos visto en este Moteczuma y en Atabaliba. Mas perdieron nuestros españoles con la muerte de Moteczuma que los indios, si bien consideráredes las muertes y destrozo que luego se siguió á los unos, y el contentamiento y descanso de los otros; ca muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey. Fué Moteczuma reglado en el comer; no vicioso, como otros